

REYES DE NAVARRA

2ª ENTREGA



Segunda entrega del dossier de Reyes de Navarra, una recopilación de artículos publicados en Diario de Navarra y que narra la historia de los Reyes de Navarra.

Esta entrega se incluye: Pedro I, Alfonso I, García Ramirez, Sancho IV el Sabio, Sancho VII el Fuerte, Teobaldo I y Teobaldo II.



mundo**DN**

DN
**DIARIO DE
NAVARRA**

BEGOÑA PRO
Pamplona

PEDRO I nació justo después de que su padre, Sancho Ramírez, regresara de Roma con grandes deseos de renovar su reino. De ahí que eligiera para él el simbólico nombre del apóstol. En 1070, con apenas dos años, su madre Isabel fue repudiada. Tras el nuevo matrimonio de su padre con Felicia de Roucy, Pedro se integró en un núcleo familiar diferente, y creció al lado de sus hermanastros Fernando, Alfonso y Ramiro. Es muy probable, aunque no hay confirmación oficial, que la familia de Sancho Ramírez se estableciera en Biel, donde residiría habitualmente. Allí se construyó una torre de tamaño considerable con un donjón similar a los del norte de Francia. Este lugar aparece nombrado en muchas documentaciones como "palacio del rey".

Con su madre lejos, su tía Sancha jugó un papel primordial en sus primeros años de vida. De carácter inquieto y valeroso, se educó en un ambiente cosmopolita, en el que el rey pronto le hizo participar en las tareas políticas y militares del reino. Ya en 1073, según describe Fernández Marco en el libro *Reyes de Navarra*, aparece firmando en los documentos, imitando el "signo trazado de su padre y añadiendo las palabras signum Petro". Firma que más adelante rubricó con caracteres arábigos cuya traducción era: Rex Pedro ben Sancho (rey Pedro hijo de Sancho). Hecho que debió molestar a algunos nobles puesto que en 1093, Sancho Ramírez dictaminó: "que mi hijo Pedro Sánchez signe según su uso".

Cuando cumplió los diecisiete años (1085), Sancho Ramírez tomó la decisión de asignarle el gobierno de Sobrarbe y Ribagorza con el título de rey, aunque bajo su autoridad, siguiendo la tradición pamplonesa. Unas plazas que, por cierto, no eran fáciles de gobernar, pero que le sirvieron a Pedro I para coger experiencia y probar su valía.

Inés de Aquitania

Su vida, a partir de ese momento, fue siempre muy activa, bien apoyando las empresas de Sancho Ramírez, bien protagonizando otras iniciativas propias. Así lo vemos en julio de 1086, junto a su padre, cerca de Zaragoza, en el sitio conocido como la Huerta de Santa Engracia. Poco después marchó a Tortosa y participó en su asedio. Pero la llegada de los almorávides a la península Ibérica le obligó a dejar inconclusa esta empresa y a acudir a Toledo para socorrer a su tío segundo Alfonso VI de León y Castilla.

Pedro I fue un guerrero que nunca rehuyó el combate. Muy pronto se reveló como un gran líder y estratega. Fue precisamente en esta batalla, conocida con el nombre de Sagradas o Zalaca, donde el infante demostró su carácter audaz y valeroso. Comandó la vanguardia de las fuerzas cristianas junto con el veterano caballero castellano Alvar Háñez y tuvieron bastante éxito. Sin embargo, la fuerza de los almorávides se concentró en la retaguardia, acudida por el propio rey Alfonso, quien fue herido en una pierna.

Pedro I, el gran estratega

Considerado un guerrero valiente y un gran líder, su padre le asignó el gobierno de Sobrarbe y Ribagorza cuando tenía 17 años, lo que le sirvió a Pedro I para coger experiencia y probar su valía

Tras esta jornada, a pesar de la derrota sufrida por los cristianos ante el almorávide Yusuf ben Tashfin, el infante no regresó de brazos cruzados. Viendo la oportunidad de hostigar las tierras situadas al sur de sus dominios, se lanzó sobre Estada y la ocupó en 1087.

Pero si una plaza hizo subalvarde, esa fue Monzón, reconquistada por los cristianos el 24 de junio de

1089. De hecho, Pedro fijó allí su residencia, intitulándose a partir de 1092 rey en Sobrarbe y Ribagorza y Monzón.

La primera mención a esta dama aquitana, primera esposa de Pedro I, es de enero de 1086, con motivo de sus esponsales en Jaca. Hija del duque de Aquitania, Guillermo VIII, e Hildegarda de Borgoña, su matrimonio con el here-

dero pamplonés-aragonés fue concertado entre los años 1079 y 1080. Cuando llegó a tierras aragonesas, apenas contaba con catorce años. Y con quince tuvo a su primer hijo, de nombre Pedro. Más tarde nacería también Isabel. Ni Inés, ni ninguno de sus vástagos sobrevivieron al rey.

Proclamación del rey

Su muerte aconteció hacia 1097. En cuanto a los pequeños, se cree que debieron fallecer hacia finales de 1103 o principios de 1104. Una de las hipótesis que se ha barajado como causa de estas defunciones es el padecimiento de una larga enfermedad. Julia Pavón, en el libro *Reinas de Navarra*, cita varios documentos del rey en los que aparece una mención especial pro salute filii mei Petris (por la salud de mi hijo Pedro) o pro salute filiorum meorum (por la salud de mis hijos). "No obstante, la noticia se ha de tomar con las debidas cautelas, ya que la salud era un término aplicado para variadas realidades espirituales y temporales: la salud del alma en el plano sobrenatural, y, por extenso, también a la salud corporal. Demodo que es muy difícil discernir si el rey pretendía confortar a sus hijos en la enfermedad o rogaba por sus almas a Dios; esto es, después de fallecer, como hacía por sus padres y parientes", dice Pavón.

El 4 de junio de 1094, Pedro se encontraba junto a su padre a las puertas de Huesca cuando este re-

cibió la flecha que acabó con su vida. Dice la crónica de San Juan de la Peña, mitad camino entre historia y leyenda, que el infante juró a su padre en su lecho de muerte que continuaría con el asedio a la ciudad hasta conseguir que cayera en sus manos.

Pero, según explica Fernández Marco, el cerco se levantó tras el fallecimiento de Sancho Ramírez "para trasladar el cuerpo del rey y enterrarlo, aunque se mantuvo la posición en Montearagón". Pedro fue proclamado rey por sus caballeros pamploneses y aragoneses, quienes le pidieron que conservara su amistad con el Cid Campeador, con quien se entrevistó poco después en Burriana.

Aunque hubo de retrasarlo, el nuevo rey no perdió de vista su objetivo de tomar Huesca. Para ello se preparó concienzudamente, buscando no una victoria rápida, sino el asentamiento de las posiciones cercanas de las que fue adueñándose, de manera que pudo lanzarse sobre su objetivo con las espaldas bien cubiertas. Tenía muy claro que quería que sus conquistas fueran permanentes y no efímeras. Tomando como base Monclús, preparó el asalto a Naval y Salinas, plazas que cayeron en 1095. Con vistas a cercar Huesca, "empezó a construir el llamado Pueyo de Sancho, en memoria de su padre, y fortificó Marcuello, Loarre y Alquézar", comenta Fernández Marco.

En el verano de 1096, con todos



Retablo en la iglesia San Salvador de la Merced (Teruel). Pedro I recibe un escudo de la Cruz de San Jorge.



Monasterio de San Juan de la Peña, donde está enterrado Pedro I

El Cid Campeador

Si existe una figura mítica y heroica que destacó durante los años finales del siglo XI, esa es la del Cid Campeador. Objeto de las más efusivas odas y cantares, se entregó a las más altas gestas de reconquista. Aliado de moros y cristianos, enemigo de ambos, la leyenda del Cid ha traspasado la muralla de los siglos.

Pedro I y el Cid siempre se entendieron bien. Ambos compartieron tanto acciones bélicas como una buena amistad y se prestaron ayuda mutua. Estos son algunos de los momentos en que coincidieron. Cuando en junio de 1090 el almorávide Tashfin pasó por tercera vez el Estrecho, el infante Pedro envió un mensajero al Cid Campeador para ofrecerle